

La belleza sosegada. Sobre la casa de Julio Cano Lasso.

Arquitecto: Julio Cano Lasso

Madrid. 1955

Alberto Campo Baeza

"Mirad cómo crecen los lirios del campo, no se fatigan ni hilan.
Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos".



La sobriedad confiere a la Belleza, también a la belleza en la arquitectura, el esplendor que la Sagrada Escritura atribuyera a los lirios del campo. Esa, la Belleza que hunde sus raíces en la austeridad y vuela en alas de la naturalidad, es la que siempre persiguió y consiguió Julio Cano Lasso con sus obras.

¿Cómo podría ser entonces su propia casa, espejo de su propio ser, más que una arquitectura poseedora de esa sobria belleza? Un paraíso construido en el más hondo sentido de la palabra. Podría Julio Cano Lasso suscribir las palabras que el arquitecto ruso Melnikov escribió refiriéndose a su propia casa: "Habiéndome convertido en mi propio jefe, le supliqué a la Arquitectura que se quitara de una vez su vestido de mármol, que se lavara la cara y que se mostrara como ella misma, desnuda como una diosa, joven y grácil. Y como corresponde a una verdadera belleza, renunciara a ser agradable y complaciente."

Como punto de partida, el lugar. La casa entiende bien, muy

bien, el lugar. Tapia a la calle para cerrarse. De espaldas al norte, al frío y al ruido. Buscando el silencio. La casa abre sus mejores estancias, la sala de estar y el despacho del estudio, al mediodía, al sol y al jardín. A la luz y al calor. A la naturaleza.

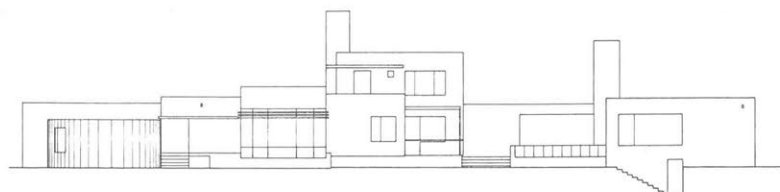
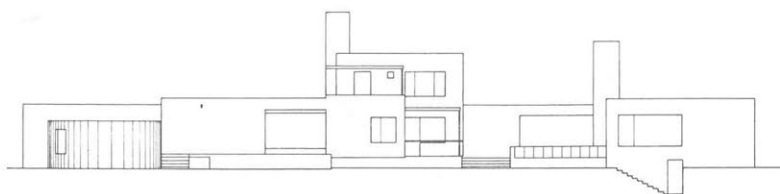
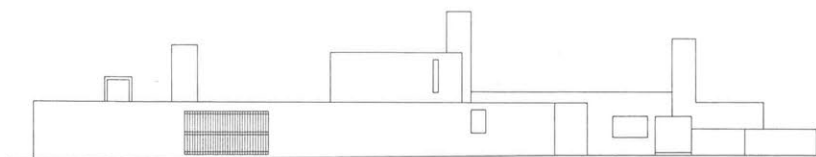
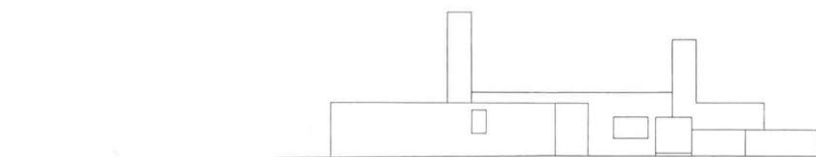
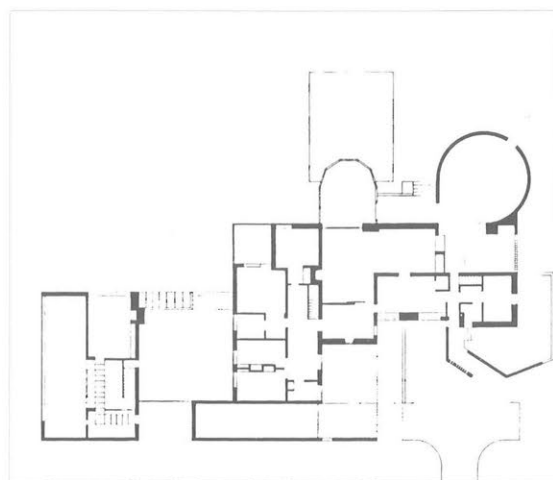
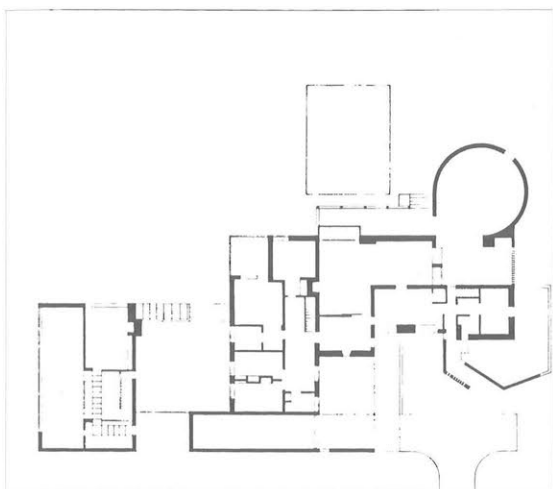
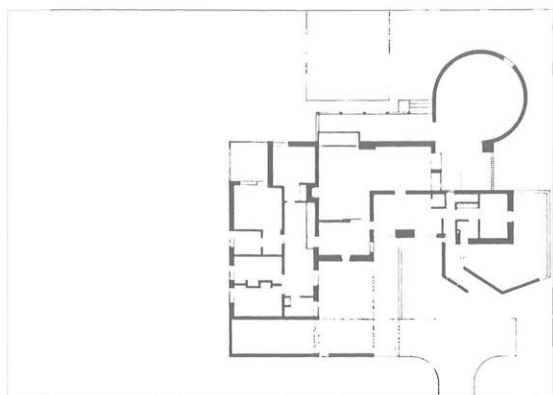
"Cuatro paredes blancas. Altos cipreses. Cancelas de hierro. Un patio en el que crece un álamo de hojas plateadas.

Glicinias, lilos, parras, cipreses, espliego, violetas y romero.

Desde mi mesa de trabajo se ve el jardín y se vive el paso de las estaciones: los días de invierno, la lluvia, el sol y los atardeceres; el otoño y el florecer de la primavera. Ahora estamos en abril: una mañana luminosa, y frente a mi ventana canta incesantemente un ruiseñor.

Todos éstos son deleites que la naturaleza ofrece sin pedirnos otro pago que un poco de sensibilidad y amor. Deleites al alcance de quien de verdad los busca, renunciando a otras cosas."

Compositivamente se mueve con gran claridad. Las dos



zonas, de vivir y de dormir están separadas y se articulan con la entrada y la zona de servicio, creando una continuidad circular sencilla. Los dormitorios, con dos plantas, orientados al este. El estar, abierto hacia el jardín. El comedor, hacia un patio al oeste, presidido por un árbol que atraviesa las paredes. Y el estudio, en un pabellón separado que se relaciona con la casa a través de un patio. Todo el organismo se va articulando por medio de patios en los que la vegetación y las texturas de los materiales alcanzan un especial protagonismo.

“Creo que no hay material malo si se emplea bien. Desde la tierra del tapial y el barro del adobe hasta el acero inoxidable y el vidrio, pasando por los mármoles y bronce, no hay material malo si se emplea con acierto; para ello hay que contar siempre con su envejecimiento.

Hay materiales que al envejecer se ennoblecen. Tengo en el patio de mi estudio un pavimento de ladrillo que se va cubriendo

de musgo y en el que en algunas fisuras han salido espontáneamente grupos de violetas, traídas las semillas por el viento. Con ello un pavimento, en su origen muy humilde, vale hoy más que la más bella alfombra. Esto también es Arquitectura.”

Constructivamente la casa es de una gran sencillez. Como las luces estructurales son pequeñas, se resuelve todo con muros de carga. Y el color blanco, unificándolo todo de una manera directa.

Pero la clave en la concepción y resolución de esa casa está en la LIBERTAD. La libertad que otorga esa actitud RACIONAL más que racionalista, que hace que casi todo sea posible si se actúa con “sentido común.” Y admite entonces esta casa de Julio Cano Lasso —como pasó con las casa de Barragán, al que él tanto admiró— añadidos y cambios y transformaciones. Pues no es ésta una arquitectura cerrada, radical, sino abierta y libre.

La misma libertad, la de la naturalidad, que le hace tantas



veces tan cercano a Alvar Aalto. Contaba que había coincidido con Aalto un día en Helsinki, en el Savoy. Pero que él, prudentemente, no se atrevió a saludarle. Genio y figura. Julio Cano Lasso siempre fue muy Aalto. Más Aalto que Wright. Y más Jacobsen que Mies, cuando tocaba Mies. En definitiva, más humano.

Una libertad que querría volver a leer en Julio Cano Lasso como sobriedad capaz de "hacer sencillo lo difícil." Una sobriedad que está patente en toda su arquitectura con los mismos acentos con que aparece en las coplas de Jorge Manrique, que a él tanto le gustaba recitar:

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?,
¿qué de tanta invención
que trajeron?

Sobriedad, sencillez, mesura. En su casa, en su arquitectura, en su vida. En la permanencia del magisterio sereno de Julio Cano Lasso. ■